

SUFRIMIENTO Y RECONCILIACIÓN CON LA TIERRA DESDE EL PRIMADO DEL AMOR AGUSTINIANO

William Javier Castillo¹

Recibido: 10 de diciembre de 2019

Aprobado: 18 de agosto de 2020

Cómo citar este artículo: Castillo, J.W. (2019). Sufrimiento y reconciliación con la tierra desde el primado del amor agustiniano. *Agustiniana Revista Académica*, 13, pp. 66-85.

Resumen. El artículo realiza un breve recorrido de los conceptos de sufrimiento, reconciliación y tierra desde la teología bíblica, la carta encíclica (*Laudato si*) del Papa Francisco y muy sucintamente desde san Agustín. Lo anterior se entrelaza con el concepto-significado del amor según san Agustín. De esta manera, se aborda cada concepto utilizando la metodología bíblica, lo anterior teniendo en cuenta el antiguo y el Nuevo Testamento para significar lo que manifiesta el texto bíblico y cómo se comprende en clave teológica. El mismo tratamiento se realiza con la encíclica *Laudato si* y se abordan los conceptos mencionados desde algunos textos del santo de Hipona. Es así como el presente artículo plantea una reflexión en conjunto y con sentido agustiniano, mostrando a través del concepto de amor la mirada que aporta el pensador de Hipona.

Palabras clave: teología, biblia, encíclica, sufrimiento, reconciliación, tierra, amor.

Introducción

En el presente escrito se aborda conceptualmente las categorías de sufrimiento, reconciliación y tierra, desde el tratamiento metodológico de la teología bíblica de conceptos, así como el rastreo de su significado en el documento de la carta encíclica *Laudato si* de su santidad Francisco, así como desde el pensamiento agustiniano. Lo anterior busca fundamentar y –por qué no– resignificar dichos conceptos para entrelazarlos con el primado del amor agustiniano para lograr nuevas comprensiones respecto de nuestra forma de entendernos como parte de la naturaleza.

¹ Teólogo. Docente investigador, Universitaria Agustiniana. Correo electrónico: william.castillo@uniagustiniana.edu.co

El concepto de sufrimiento se puede comprender desde la mejor referencia para el creyente, el cual es el texto sagrado. Desde el Antiguo Testamento se realiza una especie de línea del tiempo del concepto, en la cual se esbozan brevemente los momentos en los cuales el pueblo elegido ha experimentado el sufrimiento: la esclavitud en Egipto; las diferentes deportaciones e invasiones por parte de diversos imperios; la autocomprensión de la experiencia del mal como sufrimiento o castigo divino al justo como prueba; hasta la comprensión del sufriente como siervo de Yahvé. En el Nuevo Testamento personificado en Jesús el Cristo, cobra importante valor y resignificación el sufrir, pues este concepto tiene sentido desde la obra del Reino de Dios, revelando la grandeza del Padre y exaltando la dignidad humana.

El mismo trato se practica con la carta encíclica *Laudato si* de su santidad Francisco, en donde se muestra el papel que tiene la juventud y el género humano como sintientes del sufrimiento de las calamidades del mundo. De igual manera, se reflexiona sobre los recursos naturales y la libertad que tiene el ser humano para su uso, sobre todo con las aplicaciones tecnológicas, pues de acuerdo a esta encíclica todo cuanto obramos incide en la comprensión que tenemos de nosotros como raza. Finalmente, para el concepto de reconciliación se toman algunos documentos y pensamientos de san Agustín para ilustrar cómo comprendió la experiencia del sufrimiento, la cual advierte el obispo de Hipona se comprende desde el tener, experimentar y vivir a Dios, Jesús y el Espíritu en medio de los sufrimientos humanos.

Para el segundo concepto, reconciliación, se toma la misma metodología previa y aplicada a sufrimiento. Es así como se establece un marco de comprensión desde el Antiguo Testamento en donde se percibe a Yahvé con ciertas características propias del itinerante, las cuales se hacen plenas en la persona de Jesús como único mediador y garante de reconciliación entre Dios y los hombres, hecho dado en el acto de lo que se conoce como el triduo pascual, esta última como la reconciliación definitiva y querida por Dios.

En *Laudato si* se mostrará la reconciliación desde el marco relacional con la trinidad como redimensionamiento de la persona en su dignidad y reconocimiento como creatura y dependiente de lo natural. Finaliza este apartado con la interioridad como reencuentro con la esencia humana pensada por san Agustín y apelada nuevamente por la gracia trinitaria.

Por último, el recorrido conceptual con “tierra” se comprende desde la biblia como el lugar dado por Dios en cuanto a riquezas y cuidado debemos tener como administradores y habitantes de la historia de salvación. De igual manera, los judíos y cristianos le dan sentido al concepto de “tierra” a partir de los ciclos de la vida y del tiempo, estos últimos llegando a la concepción que debemos tener como coherederos con Cristo como Señor de la tierra y acreedor de la promesa del Padre que nos hace de la tierra nueva en el orden escatológico.

En este sentido, en el *Laudato si* el concepto de “tierra” aparece múltiples veces, sino que además enfatiza en el significado de nuestra casa común como el lugar en donde

nos hacemos más humanos a través de la sana relación con Dios, la naturaleza y el prójimo. Ya en el pensamiento agustiniano se aborda y entiende “tierra” desde la relación de auto comprensión humana que aborda el santo de Hipona con la figura de la ciudad de Dios en orden escatológico.

En el cuarto apartado se aborda la síntesis generada por los tres conceptos desde las tres miradas: la bíblica, el *Laudato si* y en san Agustín. En este momento se abordan y extraen los elementos más importantes de cada significado, buscando los momentos de mayor relevancia que permiten generar una reflexión más elaborada. Se puede decir sin temor a equivocarse que este apartado es central, sin ser el más importante.

En quinto y último momento es en donde se condensa toda la reflexión previa, porque se enriquece con los conceptos propios agustinianos sobre el amor y porque es el momento en donde se genera la reflexión central del artículo y la invitación que pretende lograr algún tipo de cuestionamiento e identificación con nuestra más prematura condición: nuestra existencia. Por ello todo lo mencionado anteriormente, sobre todo los dos últimos apartados, se condensan en una conclusión que se divide en dos momentos que tienen la clara intención de polemizar con el lector a la vez que invitarle a tomar su existencia en serio.

Sufrimiento

Se sufre porque se pierde un ser querido, porque muere una mascota muy querida, porque nos trasteamos de un lugar a otro, porque nuestros padres se separan, porque se pierde una asignatura o el año. De hecho, y para entrar en materia, la naturaleza sufre a causa nuestra. Pero más que un sufrimiento es un deterioro porque quienes sufrimos y sufriremos seremos nosotros.

Mencionado el sufrimiento es pertinente rastrear su significado desde el contexto teológico, en especial el bíblico, por ello se hace necesario verlo en dos momentos con el fin de comprender su sentido a partir la palabra revelada: desde el Antiguo Testamento y desde el Nuevo Testamento.

Sufrimiento en la Biblia

Sufrimiento en el Antiguo Testamento

Desde la estancia en Egipto el pueblo de Israel se vio sometido por faraón y su insensatez, quien actuó como un tirano, esclavizándolos y sometiéndolos por temor a perder su “poder” (Ex cc 1, Biblia de Jerusalén.). En el cautiverio en Egipto, el pueblo pide y clama al faraón por pan (gen 41, 55). En este pasaje se revela el sufrimiento del pueblo esclavizado y sometido a los caprichos de faraón, quien con su arrogancia demuestra su “poder” sobre los desvalidos. Ese sufrimiento fue escuchado por Yahvé Dios, pues ellos, como pueblo “gemían y se quejaban” (ex 2, 23-25). Y Él se fijó en su sufrimiento.

El anterior texto narra los acontecimientos donde interviene Moisés con aprobación de Yahvé y la posterior liberación del pueblo de Israel. Hasta aquí todo puede ser entendido como el triunfo sobre la esclavitud y la opresión, de hecho, parece que el pueblo sale a “rehacer su vida”, pero lamentablemente no es así.

En el transcurso de la historia del pueblo de Israel se presentan momentos en los cuales el sufrimiento se ve más patente. Basta recordar la deportación de Samaría por parte de los Asirios en el año 721 a.C., en el 598 a.C. con una nueva deportación a Babilonia. En estas deportaciones el pueblo resquebraja su identidad nacional y su fe en Yahvé Dios; sufre el dolor de verse separado de su tierra y de sus tradiciones, así como también de su historia y unión como pueblo.

Pero eso no es todo, este pueblo de Israel se vio sometido a diversidad de invasores en su historia; después del regreso a su tierra debido al edicto del emperador persa, Ciro (538), hubo una época de *tranquilidad* hasta que llegó Alejandro Magno, rey Heleno (griego), en el año 333 a.C., momento desde el cual las costumbres griegas imperaron en Palestina. Y finalmente en el año 63 a.C., conquistó el Imperio Romano con Pompeyo. Hasta aquí un brevísimos recorrido por la historia del pueblo de Israel, mostrando cómo ha sido su trasegar desde las diferentes irrupciones e invasiones sufridas a lo largo de la historia.

Desde la teología moral se toma el sufrimiento y el dolor así:

El pueblo de Israel ha experimentado en su propia historia la existencia del mal: la esclavitud de Egipto, las derrotas, los castigos cruentos, el destierro [...] Pero la Biblia no exalta el dolor como otras religiones, sino que para el israelita el dolor es un mal, es "râ", es decir, es lo malo. De ahí que el lenguaje hebreo lo exprese con términos que significan "el gesto del que sufre" (hêbêl), o como un "escalofrío" (hîl), como "actitud de duelo" (êbel) o "emitir una queja" (mispêd), etc. (Ramiro, F. Sf).

Por otra parte, queda superada la tesis del dolor como castigo en la biblia desde la historia de Job, porque el texto sagrado nos ilustra cómo por obra de Satán (prueba) Job adquiere úlceras malignas (Job 2,7, Biblia de Jerusalén) concebidas como enfermedad y por ello castigo de parte de Yahvé Dios. A lo largo de la historia de esta narración se muestran diversidad de discursos de los amigos de Job aludiendo a su supuesta justicia por la cual adquirió dicho mal, inclusive el mismo Job toma postura y emite palabras de rebeldía ante Yahvé Dios, llegando a cuestionar sus actos como justos sobre él. Como última respuesta de Job a Yahvé, este le reconoce como el que todo lo puede y se arrepiente de sus necias palabras, por ello Dios le devuelve no solo la salud resquebrajada, sino también su tierra y familia en señal de prosperidad, porque Job “sufre todo un cúmulo de dolores y sin embargo es inocente” (Fernández, 1995, p. 439).

Pero si de sufrimiento en el Antiguo Testamento se habla, existe un personaje fiel y obediente, un perfecto discípulo que a pesar de su inocencia sufre. Afirma Dufour (1967) “Yahvé llama *mi siervo* al que destina a colaborar en su designio”, y sobre todo a quien desde su testimonio une a la nación y con su sufrimiento aporta a la causa de la salvación, pues vive en carne propia el sufrimiento del mundo y por ello, al cargar con

este dolor se convierte en curación para ese mal y obtiene la paz (p. 758). En definitiva, es el siervo que espera el pueblo como signo de la misericordia divina.

La carta apostólica *Salvifici doloris* de san Juan Pablo II, (1984) lo muestra así:

La Sagrada Escritura es un gran *libro sobre el sufrimiento*. De los libros del Antiguo Testamento mencionaremos sólo algunos ejemplos de situaciones que llevan el signo del sufrimiento, ante todo moral: el peligro de muerte,(5) la muerte de los propios hijos,(6) y especialmente la muerte del hijo primogénito y único.(7) También la falta de prole,(8) la nostalgia de la patria,(9) la persecución y hostilidad del ambiente,(10) el escarnio y la irrisión hacia quien sufre,(11) la soledad y el abandono.(12) Y otros más, como el remordimiento de conciencia,(13) la dificultad en comprender por qué los malos prosperan y los justos sufren,(14) la infidelidad e ingratitud por parte de amigos y vecinos,(15) las desventuras de la propia nación. Vaticano II. *salvifici doloris* (1984)

En relación con lo anterior, se toman algunos brevísimos elementos del Antiguo Testamento respecto del sufrimiento, pero para lo que aquí se pretende mostrar son válidos.

- En primer lugar, se muestra como el sufrimiento causado por la esclavitud del pueblo y el dolor de la humillación por parte del poder representado en faraón.
- Posteriormente, se comprende el sufrimiento por la pérdida de la tierra y la identidad nacional debido a la deportación vivida y las sucesivas invasiones de los pueblos extranjeros.
- El sufrimiento se representa como el mal infringido, por causa de la esclavitud, del destierro o de la invasión.
- El sufrimiento como el supuesto castigo provocado al inocente, pero que con la correcta comprensión del contexto de Job se convierte en prueba, es decir, el sufrimiento como prueba.
- El sufrimiento encarnado y exaltado, vivido y por ello mismo dignificado mediante la figura de un discípulo como siervo, el siervo de Yahvé. El cual se prefigura y espera por parte del pueblo elegido.

Sufrimiento en el Nuevo Testamento

En Jesús el sufrimiento adquiere dimensiones particularmente singulares. Él comprende el sufrimiento ajeno porque como menciona Dufour (1967) “queda profundamente conmovido, con una misericordia divina” (p. 770), con la muchedumbre abatida como sin pastor (Mt 9,36, Biblia de Jerusalén), con la multitud hambrienta antes de la multiplicación de los panes (14,14) y en la segunda multiplicación de los panes (15,32). Se conmueve profundamente por la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11, 33).

Jesús se muestra vencedor del sufrimiento a través de sus “signos que hacen presente el Reino de Dios”: la curación de un leproso, curación del criado de un centurión, curación de la suegra de Pedro, la tempestad calmada, curación de un paralítico (Cc. 8 y Mt 9, Biblia de Jerusalén). Pero en Mt 8,17 cumple la profecía del siervo esperado

por el pueblo: “él tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades” (Mt 8, 17, aludiendo a Is 53,4).

Jesús “dignifica el sufrimiento” no lo suprime, pero lo consuela, bienaventurados los que lloran (Dofour, 1967, p. 770), porque ellos serán consolados (Mt 5,5, Biblia de Jerusalén). Permite a través del sufrimiento “revelar las obras de Dios” (Dofour, 1967, p. 770), y desde la enfermedad de lázaro previa muerte “Al oírlo Jesús, dijo: *esta enfermedad no es de muerte, es para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella*” (Jn 11,4).

Jesús no solamente encarna el siervo esperado por Israel, quien en su carne sufre la aflicción del pueblo, también dará significado al sufrimiento, un significado diferente desde su propio dolor. No solamente se ve cuestionado por la autoridad, Pedro lo negará, y su agonía le hace “sentir pavor y angustia” (Mc 14,33, Biblia de Jerusalén). “Mi alma está triste hasta el punto de morir” (34), tan fuerte es su pena que “caía en tierra y suplicaba que a ser posible pasara de él aquella hora” (Mc 14,34). No es casualidad que en Getsemaní se desaten los sentimientos más dolorosos en Jesús, por ello: “La pasión concentra todo el sufrimiento humano posible, desde la traición hasta el abandono por Dios” (Dofour, 1967, p. 770).

Al ser como Cristo “abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación” (2 Cor 1,5, Biblia de Jerusalén), por ello “ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí” (Gal 2,20). Esto nos demuestra que al sufrir como sufrió Cristo también con él llegaremos a su gloria (Rom 8,17), y que llevamos siempre en nuestros cuerpos por todas partes la muerte de Jesús, a fin de que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo (2 Cor 4,10).

Desde este brevísimo recorrido del sufrimiento en el Nuevo Testamento se pueden inferir algunos elementos:

- En Jesús el sufrimiento del otro le conmueve desde adentro, es decir, genera misericordia.
- A través de sus signos hace presente el Reino de Dios, venciendo el sufrimiento.
- Resignifica el sufrimiento, dignificándolo. A través de la experiencia del sufrimiento revela la grandeza de Dios y la dignidad humana.
- Él mismo experimenta el sufrimiento como un dolor intenso, como aflicción profunda. Con lo anterior, y desde el pavor y angustia, concentra en la pasión el mayor sufrimiento humano posible.
- Con la conclusión anterior y desde nuestra condición humana compartimos con Jesús la experiencia del sufrir y él nos hace partícipes de su condición divina. Asumiendo por completo la experiencia del sufrimiento también asume nuestra más profunda condición, y nosotros al vivir desde nuestra condición y en el sufrir asumimos la condición de hijos en el hijo. Es decir, se hace pleno se dignificar radicalmente el sentido del sufrimiento.

Sufrimiento en Laudato si

Desde el llamado que hace Francisco y con respecto a los jóvenes escribe: “Ellos se preguntan cómo es posible que se pretenda construir un futuro mejor sin pensar en la crisis del ambiente y en los sufrimientos de los excluidos” (Francisco, 2015). Es más, Francisco afirma que debemos “tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo” (Francisco, 2015).

Respecto del agua y algunos servicios higiénicos menciona Francisco (2015) que “son un factor significativo de sufrimiento y de mortalidad infantil”. Por su parte, en *Laudato si* la libertad “puede hacer su aporte inteligente hacia una evolución positiva, pero también puede agregar nuevos males, nuevas causas de sufrimiento y verdaderos retrocesos” (Francisco, 2015). Por lo anterior, debemos comprender las maravillas de la creación y del universo, pues “muchas cosas que nosotros consideramos males, peligros o fuentes de sufrimiento, en realidad son parte de los dolores de parto que nos estimulan a colaborar con el Creador” (Francisco, 2015).

Respecto de la globalización como situación que apremia al ser humano, es deber de la ciencia y la tecnología, según Francisco, ayudar a “resolver los problemas concretos de los demás, con la pasión de ayudar a otros a vivir con más dignidad y menos sufrimiento”. Pero en algunos lugares sucede todo lo contrario.

Por otro lado, respecto de las instituciones, en el *Laudato si* se considera que:

Todo lo que las dañe entraña efectos nocivos, como la pérdida de la libertad, la injusticia y la violencia. Varios países se rigen con un nivel institucional precario, a costa del sufrimiento de las poblaciones y en beneficio de quienes se lucran con ese estado de cosas (Francisco, 2015).

Pero la situación no termina con la pérdida de institucionalidad generalizada, es necesario centrar la mirada en las poblaciones que evidencian situaciones casi inhumanas respecto de su lugar de hábitat, pues existen conglomerados en donde se mira al desposeído como un intruso. Por lo anterior, Francisco (2015) insiste que “en el caso que se deba proceder a su traslado, y para no añadir más sufrimiento al que ya padecen, es necesario proporcionar una información adecuada y previa, ofrecer alternativas de alojamientos dignos e implicar directamente a los interesados”. Esta y otras situaciones demuestran que en las grandes urbes existe la posibilidad del caos por la congestión poblacional, pero, “la calidad de vida en las ciudades tiene mucho que ver con el transporte, que suele ser causa de grandes sufrimientos para los habitantes” (Francisco, 2015). El ser humano está invitado imperativamente a salir de sí, pues Francisco (2015) afirma que sin esta capacidad “no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea”.

Finalmente, el documento ensalza a María como una mediadora, que según Francisco:

Cuidó a Jesús, ahora cuida con afecto y dolor materno este mundo herido. Así como lloró con el corazón traspasado la muerte de Jesús, ahora se compadece del sufrimiento de los pobres crucificados y de las criaturas de este mundo arrasadas por el poder humano (Francisco, 2015).

A manera de conclusión y respecto de las relaciones que suscitan estos conflictos Francisco afirma:

Los relatos de la creación en el libro del Génesis contienen, en su lenguaje simbólico y narrativo, profundas enseñanzas sobre la existencia humana y su realidad histórica. Estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra. Según la Biblia, las tres relaciones vitales se han roto, no sólo externamente, sino también dentro de nosotros (Francisco, 2015).

Después de recorrer en todo el documento el concepto sufrimiento se puede afirmar:

- Los jóvenes tienen una postura clara y un sentir preciso respecto del sufrir.
- Atrevernos a sentir desde nuestra persona el sufrimiento del mundo.
- El agua y los bienes higiénicos en el estado actual causan sufrimiento, sobre todo a los niños.
- La libertad mal entendida/vivida es fuente de sufrimientos.
- Distinguir entre sufrimiento y dolores de parto como antesala a colaborar con el creador.
- La tecnología no es la raíz de todos los males y sufrimientos, es más, desde un trabajo con pasión por la humanidad, evita el sufrir.
- La institucionalidad llevada a límites precarios conlleva sufrimiento a la población en donde existen.
- No atropellar la dignidad humana desde los desalojos injustos, pues es raíz de sufrimiento.
- Tanto las instituciones, como la dignidad humana que viven en las grandes urbes no pueden ser presa del caos “urbanístico”, evidenciado en el transporte.
- Por ello, y con todo lo anterior, el salir de sí es la invitación fundamental pues genera procesos de cambio.
- El sufrimiento encarna en María a la humanidad que ha sufrido y sufre, pero a la vez encarna a la humanidad que debe auto cuidarse.
- Las relaciones con Dios, con el prójimo y con la tierra son las que mayor importancia deben tener, pero son las que se han roto externa e internamente.

Sufrimiento según san Agustín

Dada la complejidad y amplitud del pensamiento y obra agustiniana se realizará una aproximación a los conceptos de sufrimiento, reconciliación y tierra, de acuerdo con el método propuesto inicialmente. Respecto del sufrimiento, san Agustín no lo definió de manera sistemática, por el contrario, en el transcurso de su vida evidentemente lo experimentó. En los comentarios a los salmos él realiza una meditación profunda en sentido teológico de la Palabra de Dios, la cual condensa el diccionario doctrinal de Lasanta (2003) en el concepto de sufrimiento.

Inicia mencionando la experiencia de las tribulaciones y su consecuencia cristiana, invocar a Dios. Es parte de nuestra condición humana, el sentir nuestra auténtica condición humana, vivir los diferentes tormentos y angustias a los cuales se ve abocada la humanidad. Por ello, Dios no permite que seamos tentados más de lo que podemos soportar, pues Dios es nuestra ayuda en las tribulaciones que nos rodean con demasía (san Agustín citado por Lasanta, 2003, p., 787). Así mismo cuestiona el adormecimiento al que sometemos a Cristo cuando no le tenemos presente, cuando nuestro sufrimiento nos ciega y no nos permite escucharle en lo más íntimo de nuestro corazón. El sufrimiento se torna intolerable, ya que no se tiene presente en el corazón cuánto ha sufrido Cristo, por eso despierta la fe. Pensando en los sufrimientos de Cristo, viene la consolación porque Él ya resucitó, y por ello unidos a Cristo se puede sobrellevar el sufrimiento (san Agustín citado por Lasanta, 2003, p. 788).

Bajo la figura de Cristo cabeza de la Iglesia, Agustín plantea ahora el sufrimiento del cuerpo, de los miembros que conforman el cuerpo de la comunidad-Iglesia. Es así como el sufrimiento comprendido bajo la lupa de Lasanta (2003), afirma que el padecer se soporta en el de Cristo y, la vez que es Cristo quien sufre ahora en sus miembros.

Ahora bien, se habían cumplido todos los padecimientos, pero en la cabeza: faltaban los padecimientos de Cristo en su cuerpo... Luego nosotros vamos a donde Cristo nos precedió, y Cristo aún continúa dirigiéndose a donde precedió. Precedió como cabeza, y sigue aún como cuerpo. Cristo, pues, sigue sufriendo aquí (san Agustín, comentario a los salmos, 86,5)

Osadamente se infiere que al no vivir en plenitud el Reino de Dios, mientras llega, la humanidad como comunidad de creyentes cristianos ocasionamos los padecimientos de Cristo Jesús, Cristo cabeza resucitó, Cristo como cuerpo aún sufre. Dicho de otra forma, Cristo resucitó y por fe sabemos que se encuentra a la diestra de Dios Padre, pero su comunidad aún no vive la plenitud de Dios Padre como el Hijo la goza, sin embargo, Él aún sufre en sus miembros. Por lo tanto, se da la tensión entre el “ya”, pero todavía no de la escatología del Reino, que en sentido agustiniano se comprende la escatología de la ciudad celestial. Con lo dicho se puede inferir que, si Jesucristo aún sufre a causa de los miembros, es porque éstos no amán, se aman a sí mismos y le desprecian.

San Agustín explicó lo que significa el sufrimiento y meditó sobre el problema del mal y la cuestión del pecado, que en él es amplia, por ello únicamente se tomarán algunos elementos del concepto del “mal” con la finalidad de ilustrar el sentido del texto. Los

anteriores conceptos se asociarán al sufrimiento en el presente escrito: “la explicación que da Agustín del problema del mal llega finalmente a abarcar casi toda la extensión de sus escritos” (Fitzgerarld, 1999, p. 825).

Para el obispo de Hipona el mal fue una cuestión que lo mantuvo inquieto, inclusive desde su juventud, hasta el punto de unirse a los maniqueos tratando de satisfacer su curiosidad y encontrando algunas respuestas. Para el maniqueísmo el problema del mal en sí mismo es una realidad que existe debido a la separación de la bondad y omnipotencia de Dios. Este mal se identificaba con la materia, por ello al considerar los cuerpos como malos, el espíritu debía entablar una especie de combate interior a manera de renuncia a los placeres físicos, racionalizando de esta manera el ascetismo.

Esta situación en parte la heredó san Agustín cuando sostiene una especie de dualismo y trato entre cuerpo y alma, exaltando el papel de la libertad humana como no esclava de las pasiones sexuales, principalmente las genitales. En la concepción del obispo de Hipona el espíritu encarna la lucha interior que tiene todo ser humano, lucha eterna. Sin embargo y al parecer por situaciones de orden personal con su compañera sentimental, su vida afectiva se tornó abierta y receptiva para la conversión. Esto sucedió cuando nuevamente estaba buscando soluciones al problema del mal.

Siendo cristiano y aceptando la eterna bondad y el ser todopoderoso de Dios, no había espacio ya para el mal, tal como lo había concebido cuando fue maniqueo, pero que igual ejercía influencia en el mundo. Es en este momento en donde cuestionando el ser de la voluntad plantea el hacer del mal como un producto en sí mismo, por ello él concibe el pecado como el acto en donde la voluntad yerra. Todo ello llevo a san Agustín a comprender el mal como el resultado de un acto errado, acto realizado por una criatura racional, y que tiene como consecuencias el estímulo de imaginaciones corporales y la distorsión de la percepción intelectual (mentira). Por ello cuando el pecado y el mal interfieren intelectualmente obnubilan el camino para su resolución (Fitzgerarld, 1999). Por ello y para finalizar la breve exposición de lo que para Agustín significa el mal se tomarán las afirmaciones de Fitzgerarld:

La base, pues, de la doctrina madura de Agustín sobre el mal es que el mal es nada. Pero, como el ser nada es apartarse de Dios, que es el ser supremo, eso significa que el mal absorbe en su negatividad a todo lo bueno, a todo el gozo, a toda la claridad, a toda la reconciliación con Dios, a toda la esperanza del cielo, en lo que respecta al pecador que está infectado por él (Fitzgerarld, 1999, p. 830).

Finalizado el breve recorrido por el concepto se pueden advertir algunos puntos para tener en cuenta:

- El sufrimiento o tribulaciones como condición humana nos acerca a Dios, en quien por fe nos sabemos soportados y ayudados. Él es nuestra ayuda en las tribulaciones.
- Tener presente a Dios y no a Cristo significa estar ciegos y sordos en la intimidad de nuestro corazón, mas en nuestra unión con él seremos capaces de sobrellevar nuestras angustias y sufrimientos.

- Cristo cabeza de la comunidad ya sufrió, pero la comunidad aún sufre a causa de nuestro padecer.
- Si “el futuro se resuelve en la ciudad de Dios” (Tamayo, 1993, p, 168)
- Para el maniqueísmo el mal es una realidad que existe debido a la separación de la bondad con la omnipotencia de Dios, en la cual es el espíritu quien debe luchar interiormente a través de la renuncia a los placeres físicos, ascetismo.
- Dualismo agustiniano, en el cual exalta el papel de la libertad humana como no esclava de las pasiones sexuales; al interior el espíritu encarnando la lucha íntima.
- Para el Agustín converso el mal no tiene cabida en la eterna bondad del todopoderoso, pero si se presenta cuando en el ser humano se quebranta la voluntad, y el pecado es el resultado del acto errado ocasionando la mentira y la distorsión de la percepción intelectual.
- El pecador lo es porque está infectado por el mal, absorbiendo en su negatividad todo lo bueno, el gozo, la claridad y toda reconciliación con Dios.

Reconciliación

Si el sufrimiento es la experiencia más humana experiencialmente, la reconciliación es y debería ser el punto final en el “círculo del dolor”. Reconciliarse es perdonarse, acoger al otro desde mi corazón y con ternura humana. Reconciliación es reconducirnos por la senda del amor recíproco, desde nuestra más auténtica humanidad; porque de hecho el reconciliar engrandece la condición de humanos.

De igual manera se realizará una brevísima teología Bíblica de la reconciliación, con el fin de comprender su significado desde la revelación de la Palabra, actualizando su contenido a la contemporaneidad.

Reconciliación en la biblia

Reconciliación en el Antiguo Testamento

Desde la renovación de la alianza Yahvé Dios se muestra como el “Dios misericordioso y clemente, tardo a la cólera y rico en amor y fidelidad” (Ex 34,6, Biblia de Jerusalén), aunque el ser humano no le obedezca y sea infiel a la alianza él siempre estará dispuesto proclamar de sí mismo “tengo misericordia por mil generaciones con los que me aman y guardan mis mandamientos” (Ex 20,6).

Por ello el pueblo exclama “has reprimido todo tu furor, has desistido del ardor de tu cólera” (Sal 85,4, Biblia de Jerusalén); “Él, con todo, enternecido, borraba su culpa, no los destruía; bien de veces contuvo su cólera y no despertó todo su furor” (Sal 78, 38); y “Yahvé es clemente y compasivo, lento a la cólera y lleno de amor; no se querella eternamente, ni para siempre guarda rencor; no nos trata según nuestros yerros, ni nos paga según nuestras culpas” (Sal 103, 8-10).

Ofrece reconciliación a la esposa infiel (Os 2, 16-22, Biblia de Jerusalén), y a los hijos les dice: “descargaos de todos los crímenes que habéis cometido contra mi” (Ez 18,31). Al judío se le exalta así: “que abra vuestro corazón a su ley y a sus preceptos, y os otorgue la paz. Que escuche vuestras súplicas, se reconcilie con vosotros y no os abandone en tiempo de desgracia” (2 Mac 1, 4-5).

En el Antiguo Testamento se puede observar que la reconciliación se muestra:

- Yahvé Dios como misericordioso y dispuesto a acompañar al ser humano por toda la eternidad.
- Un pueblo que le reconoce como Dios de bondad, ternura y justo en sus juicios.
- Yahvé Dios como el que ofrece reconciliación a todos y cada uno según su medida.

Reconciliación en el Nuevo Testamento

La plenitud de la reconciliación es dada por Cristo Jesús “porque hay un solo Dios, y también un solo mediador entre Dios y los hombres, Cristo Jesús, hombre también” (1 Tim 2,5, Biblia de Jerusalén). Por esa obediencia radical “todos serán constituidos justos” (1 Tim 2,19, Biblia de Jerusalén). Y se exhorta al ser humano “en nombre de Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! A quien no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que viniésemos a ser justicia de Dios en él” (2 Cor 5, 20-21).

Asimismo, “si cuando éramos enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su hijo, ¡con cuanta más razón, estando ya reconciliados, seremos salvos por su vida!” (Rom 5,10, Biblia de Jerusalén), porque a través de él “hemos obtenido ahora la reconciliación” (Rom 5,11, Biblia de Jerusalén). Esa es la prueba de amor de Dios con nosotros “que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rom 5,8), “el misterio de nuestra reconciliación empalma con el de la Cruz” (Dofour, 1967, p. 771), desde el eterno amor de Dios (Ef 2,4).

Dios, en Cristo no tiene en cuenta nuestras transgresiones (2 Cor 5,19, Biblia de Jerusalén.), pues su reconciliación nos ubica como en Edén, “el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo” (2 Cor 5,17). Justificados y salvos de la ira (Rom 5,9), santificados e inmaculados (1 Col 1,22 ss.) y todos “tenemos libre acceso al Padre en un mismo Espíritu” (Ef 2,18)

Para finalizar esta parte se tendrán las siguientes consideraciones:

- La plenitud de la reconciliación se da en la única mediación de Jesús Cristo.
- La obediencia de Jesús a Dios lo constituye como el justo.
- La muerte de Jesús es causa de reconciliación entre Dios y los hombres, una reconciliación querida por Dios. Desde su eterno amor en el amor de la cruz.
- Reconciliarse en Cristo es recrearse. Justificados, santificados e inmaculados en Dios padre.

Reconciliación en Laudato si

Citando a san Buenaventura, el papa Francisco comenta de san Francisco de Asís “que, por la reconciliación universal con todas las criaturas, de algún modo Francisco retornaba al estado de inocencia primitiva”. Así, la encíclica *Laudato si* sugiere la inocencia basada en las relaciones con Dios, el prójimo y la tierra, las cuales al verse rotas permiten el pecado, precisamente porque se rompe la armonía entre el creador, el creado y la creación. (Francisco, 2015)

Francisco pone como ejemplo y citando a la conferencia de Obispos de Australia (2002), que:

Recordemos el modelo de san Francisco de Asís, para proponer una sana relación con lo creado como una dimensión de la conversión íntegra de la persona. Esto implica también re-conocer los propios errores, pecados, vicios o negligencias, y arrepentirse de corazón, cambiar desde adentro. Los Obispos australianos supie-ron expresar la conversión en términos de recon-ciliación con la creación: “Para realizar esta re-conciliación debemos examinar nuestras vidas y reconocer de qué modo ofendemos a la creación de Dios con nuestras acciones y nuestra incapacidad de actuar. Debemos hacer la experiencia de una conversión, de un cambio del corazón” (Francisco, 2015)

Para concluir este apartado se puede mencionar:

- La reconciliación es la restauración de las relaciones entre el creador, el creado y la creación.
- Reconciliarse con la creación redimensiona la conversión íntegra de la persona.
- Reconciliarse implica reconocer la ofensa a la creación de Dios, pero no debe quedarse en la mera consciencia, implica convertirse hacia la naturaleza creada, a lo hecho por Dios a Dios mismo.

Reconciliación en san Agustín

Este concepto en el obispo de Hipona se asocia al acto de la penitencia que tiene lugar en el sacramento de la reconciliación, lo que implica que su contenido es litúrgico. Es así como según lo observado desde el pecado, la reconciliación comporta la acción de la gracia que ejerce Dios sobre el pecador, perdonándole. Por ello para este escrito la reconciliación se asociará al perdón.

Utilizando las afirmaciones de Lasanta (2003) se puede inferir que el perdón tiene connotaciones, acciones y actores. Connotaciones tales como la sinceridad al pedir perdón que implica pedir a Dios la misericordia a la vez que nosotros perdonamos a otros que nos piden nuestra indulgencia, perdonamos de boca más no de corazón; egoísmo para perdonar que conlleva a dañarse a sí mismo, *perdonad y se os perdonará* (Lc 6,37); perdonar para que no surjan enemistades, porque estas vician el corazón; no negar el perdón es no cerrar las puertas del corazón contrito que desea ser perdonado. Por ello, la invitación radica en estar dispuestos a perdonar siempre y todo, así como el Padre Dios perdona solícitamente cuando se lo pedimos.

La acción del perdón inicia en nosotros mismos, estamos equipados con la gracia divina para efectuar y vivir el perdón, “perdonad, y se os perdonará; dad y se os dará” (Lc 6, 37-38). Setenta y siete veces, siempre debemos perdonar; por ello es importante pedir y dar perdón, sobre todo quien ha hecho la ofensa; perdonar para ser perdonados, amando inclusive al enemigo. La intención del perdón ya es el perdón mismo, por ello es necesario orar a Dios para pedir perdón pues solo él sabe lo que ha sucedido en los corazones de los hombres. Es así como cuando se perdona a un hombre Dios perdona y en el mismo proceso la persona gana.

Cristo murió por nuestros pecados, en él se cumple la promesa del Padre quien envió a su unigénito, quien con su sangre lavo nuestras culpas. Él no debía morir pues no tenía culpa alguna, y en su sufrimiento redimió nuestras culpas, por ello reza la escritura: “perdonándoos mutuamente, como Dios os perdonó en Cristo” (Col 3,13). La anterior frase es la invitación a ser como fue el hijo, como también afirma el padre nuestro: “perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden”. Pedir perdón a Dios, de hecho, conlleva desde la fe a dar perdón a quien nos lo pide.

Para comprender la reconciliación en san Agustín se puede inferir que:

- Reconciliación como la gracia que concede Dios al pecador arrepentido (litúrgica).
- Perdón como suceso de interioridad al actuar con sinceridad, recibir misericordia Divina como perdonado y para hacerlo con quienes piden nuestra indulgencia, siempre y varias veces. Sin egoísmo porque nos puede dañar.
- El perdón es una acción que inicia y termina en nuestra interioridad porque el espíritu nos concede la gracia para hacerlo, principalmente se pide cuando he sido yo quien ha errado mi voluntad.
- Dios Padre nos perdona a través de su unigénito, cumpliendo la promesa, lavando nuestros pecados con su sangre, redimiendo nuestras culpas.
- El perdón es un acto de fe porque nos sabemos salvos.

Tierra

La tierra es nuestro hogar desde siempre, desde que el ser humano evolucionó como sujeto y cultura, ha sido la que acoge todos nuestros ires y venires en la historia humana. Quien mejor que ella, que como Madre Gaia ha visto crecer a la humanidad, ha visto caer las más perversas ideas en guerras y holocaustos, en invasiones y retomas “liberaciones” de pueblos, siempre entre unos y otros.

La tierra más que ser nuestro hogar ha generado dependencia en nosotros hacia ella. De hecho, la tierra sin humanos podría seguir el curso de su evolución, pero los humanos sin tierra pasaríamos a la historia y la inevitable extinción. Igual que el sufrimiento y la reconciliación, la categoría tierra desde el contexto bíblico tiene una palabra, igual de interesante y enriquecedora.

Tierra en la Biblia

Tierra en el Antiguo Testamento

“La vida del hombre depende enteramente de las riquezas que oculta la tierra y de la fertilidad de su suelo” (Dofour, 1967, p. 789). Desde el momento de la creación “los cielos pertenecen a Yahvé, pero la tierra se la ha dado a los hijos de Adán” (Dofour, 1967, p. 789). Porque Dios en su divina revelación y desde su infinita misericordia va a “plantar un huerto para situar en él al hombre” (Dofour, 1967, p. 789). La tierra hace parte de la historia de la salvación, desde la experiencia patriarcal y como don maravilloso de Dios, tierra prometida, “esperanza de la tierra” (Dofour, 1967, p. 791), porque “para entrar en la tierra prometida se requiere primero el abandono” (p. 791).

La tierra fue prometida desde la alianza y dada como heredad, como “recuerdo permanente del amor y de la fidelidad de Dios a su alianza” (Dofour, 1967, p. 791), y por ello “quien posee la tierra posee a Dios” (p. 791). Para la cultura judía la tierra es tan importante que hace parte de su ser y, sobre todo de sus creencias. “tal es el sentido de las fiestas agrarias que asocian su vida cultural con los ritmos mismos de la naturaleza: fiestas de los ázimos, de la siega, de las primicias” (Dofour, 1967, p. 791).

De lo dicho se puede concluir:

- El hombre depende de la tierra y de sus riquezas.
- El hombre está llamado a ser administrador responsable de la creación.
- La tierra hace parte de la historia de la salvación, de la tradición y religiosidad judío-cristiana.
- La tierra posee un singular sentido religioso aplicado a los ciclos de la vida

Tierra en el Nuevo Testamento

“Jesús comparte el señorío de Dios sobre la tierra (Col 1,15 ss., Biblia de Jerusalén.; Ef 4,10): nada se hizo sin él (Jn 1,3)” (Dofour, 1967, p. 793). Dios es el logos encarnado, quien participó de nuestra condición haciéndose uno, como nosotros, terrenal en todo menos en el pecado.

“La aspiración a poseer la tierra se convierte con él en aspiración a entrar en posesión de los bienes espirituales (Mt 5,4, Biblia de Jerusalén.)” (Dofour, 1967, p. 793). Realizarse en la tierra, “la mirada celestial del creyente no niega la tierra, sino que la realiza” (Dofour, 1967, p. 794). Como pueblo caminante hacia la esperanza venidera nos llenamos en las promesas en la tierra dada, pero vendrá una nueva: “pero esto sucederá para que sea remplazada por una tierra nueva (Ap. 21,1), que aguardamos según la promesa de Dios y en la que habitará la justicia” (Dofour, 1967, p. 795).

Se puede concluir que tierra en el Nuevo Testamento es:

- Está preconfigurada en y por Jesús, él es Señor de la tierra.
- Terrenal es la condición de Jesús, espiritual la promesa Divina.
- El querer de Dios es la realización del ser humano en la tierra.
- Tierra nueva como promesa escatológica.

Tierra en Laudato si

La palabra “tierra” en *Laudato si* se encuentra 73 veces y tres veces citada a lo largo del documento. Usualmente se encuentra relacionada con los problemas y irresponsabilidades propias del ser humano y su entorno, así como el lugar de hábitat y casa común. No debe ser casualidad el número de citas del concepto, al contrario es un llamado a la conciencia y libertad que como seres humanos debemos tener.

Además, se encuentra dentro de las tres relaciones sugeridas por la sabiduría de los textos bíblicos, como lo afirma Francisco: “estas narraciones sugieren que la existencia humana se basa en tres relaciones fundamentales estrechamente conectadas: la relación con Dios, con el prójimo y con la tierra” (Francisco, 2015). De hecho, es la única relación a la cual no le podemos dar la espalda o negar como si no fuese meramente importante, pues es la única relación de dependencia, dependemos de la tierra, de nuestra casa común.

Tierra en san Agustín

El concepto tierra en san Agustín se aborda como mundo. Él concibe desde el presupuesto de la maldad al mundo como malo, pero lo hace porque los hombres son malos, más el mundo en sí mismo es bueno porque es creación de Dios. Por ello invita a que a partir de la conversión cambiemos la forma en la cual concebimos y vivimos al mundo, sin despreciar al creador amando su creación.

Sabiamente utiliza la figura de las dos ciudades, las cuales se entremezclan y buscan cada una su propia utilidad, tanto para trascender como para estancarse, para alcanzar la gloria como para romper con el creador y su creación, así “hasta que sean separadas en el último día del juicio” (Lasanta, 2003, p. 559), vida eterna o eterna desesperación. Por ello Agustín invita al amor por la creación, no por lo que hay en el mundo, es decir, amar las cosas de Dios por encima de las de los hombres. Es así como amar la creación conlleva amar al creador, amar las cosas de los hombres significa amar la creatura antes que al creador. Amar las cosas del mundo es “amarlas poniendo en ellas tu felicidad; apruébalas y alábalas de modo que ames al creador” (Agustín citado por Lasanta, 2003)

El mundo para Agustín es lo que se utiliza pero no se disfruta; para disfrutarlo se debe experimentar el gozo prometido en la creación, la bondad de la misma. El gozo mismo conlleva el encuentro con Dios.

El primado del amor agustiniano

En el sermón sobre la epístola de san Juan se halla una de las sentencias más fidedignas de san Agustín: “ama y haz lo que quieras”. De manera muy concisa se explica su significado y posteriormente se entrelaza con los conceptos previamente ilustrados de sufrimiento, reconciliación y tierra (Sahelices, 2000). Una de las formas de comprender tan acertada afirmación se puede vislumbrar en que el amor al estilo de Jesús, el amor fraterno se convierte en criterio y medida para saber qué tan arraigada se encuentra nuestra comunión con Dios, si estamos en comunión todo lo que hagamos será bueno. El mismo obispo de Hipona lo menciona en la misma epístola: “que tu raíz sea el amor; todo lo que brote de ella será bueno” (san Agustín citado por Sahelices, 2000. Pág. 37). Por ello al colocar el amor en el primer lugar se confirma que viviéndolo a profundidad las obras se identifican con él; es una necesidad de amor (Galindo, 2002)

El don superior para san Agustín es el amor, mientras el tema de fondo es la relación entre Dios y el ser humano. Por ello desde el primado del amor y teniéndolo como medio y modo de unión Agustín se acerca al conocimiento de Dios. Si el amor es lo primero entonces se entiende que “nos hiciste, Señor, para ti...” traducido en deseo de conocerle [...] y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” (Sahelices, 2000, p. 59)

El amor lo toma de (Jn 14,15) “si me amáis guardareis mis mandamientos, es el amor como anuncio, como atesoramiento interior”; la libertad san Agustín la toma de la comparación entre la antigua y la nueva alianza en (Gal, 4, 24 – 26) y la esclavitud, libertad del espíritu en (Rm 8,2), es la libertad que abarca San Pablo. El ama es el ser, anuncio como tesoro interior y, haz lo que quieras se comprende desde la libertad que permite vivir la alianza definitiva con Cristo, la libertad en el espíritu. Es el ser más auténticamente cristiano, un verdadero discípulo (Sahelices, 2000)

Sahelices lo ilustra muy bien citando las figuras de amor que utiliza san Agustín, quien bebe de las fuentes de san Juan cuando medita a Dios amor comunidad. Toma lo mejor del hombre para acercarse a una comprensión de la trinidad del amor-relación: el modelo del amor agustiniano es la trinidad, de quien refiere a Dios Padre como el amante, quien ama al Hijo, Jesucristo, y de los dos procede el amor, Espíritu Santo.

El primado del amor agustiniano radica en el amor que viene de quien es amor, viene de quien es el amor, de quien es el amante por antonomasia. Dios Padre de donde procede todo, Dios Padre Creador. Este primado continúa en el hijo, el redentor, amado. En quien el amor desbordado del Padre le imprime el halo de divinidad, el saberse amado por el Padre hasta el extremo le permite amar hasta el límite de lo humano. De los dos emana con la fuerza de la llama que no se consume, con la Salvación misma de Dios en el hijo, por la eterna relación de amor entre el Padre y el Hijo el Espíritu Santo es de procedencia: “Dios en tres personas es un misterio que escapa a la comprensión humana” (Keller, 2005, p. 111). Por ello no basta solo con tener la pretensión de conocer a Dios cuando basta con saber que existe y habita en cada persona, bien puede ser una aproximación al pensamiento de san Agustín. Por ello lo poco que se pueda mencionar respecto de la trinidad siempre será terreno árido porque nuestra comprensión sobre la divinidad rebasa nuestra humanidad (Moriones, 2004).

Conclusión

De lo dicho hasta aquí se pueden deducir algunos planteamientos sobre la vida y habitabilidad en esta tierra como casa común. Edgar Morín (1999), al hablar de siete saberes necesarios para la educación del futuro plantea que el conocimiento puede y, de hecho, tiene cegueras. Pues ha caído en un error y en una ilusión. El error de la verdad y la ilusión del absolutismo, similar al meta relato que plantea Lyotard (1987) “la condición posmoderna”. Y él mismo plantea que un conocimiento pertinente debe ser orientado desde una educación que se vea como planetaria.

Es precisamente este planteamiento el que debe ser cuidadosamente tratado, pues es deber de todos en esta era planetaria la preocupación, precisamente por lo planetario. Ello implica la mirada y acción en lo que significa para todos nuestra casa común. Vivimos un momento en el cual requerimos urgentemente tomar consciencia sobre nuestro rol como habitantes y corresponsables de la creación regalada (Jn 16,21, Biblia de Jerusalén), nos recuerda que esta tierra nos ha engendrado y ha sufrido como una madre con dolores de parto. Pero una vez en esta tierra, nuestra madre nos ama y da absolutamente todo, no se reserva para sí, no se mide y tal vez por ello sufre.

Toda la biblia ha mostrado que el sufrimiento dignifica y ennoblece al ser humano, hasta el punto irónico en el cual se podría afirmar de forma masoquista que “sufrir tiene sentido”. Pero ha sucedido todo lo contrario, el sufrimiento nos tiene que iluminar nuestra más genuina dignidad. Pero no caemos en cuenta que, si sufrimos con las condiciones actuales de nuestra tierra, ¿cómo estará ella? Sufrimos porque la contaminación nos limitará, pero no caemos en cuenta que la tierra ya está limitada; sufrimos porque se terminarán los recursos naturales, pero desconocemos que nuestra madre tierra se desangra silenciosamente, y lo peor, se sigue brindando a nosotros. Sufrimos porque ya estamos planeando el viaje a marte y desconocemos gran parte de las inmensidades de nuestros mares, los cuales están prácticamente contaminados.

Llegados a este punto se pueden generar dos reflexiones, conscientemente contrarias y con una clara finalidad de generar polémica, por ello y por lo anterior puedo aseverar que si el amor a Dios, hasta nuestro desprecio, funda la ciudad celestial, nuestras acciones como seres dependientes de la naturaleza nos llevarán, antes que a la extinción, al olvido de nuestra más genuina condición humana. Por ello y previo a una hipotética extinción estamos experimentando olvidos de quiénes somos y de dónde venimos, olvidos como las etapas del Alzheimer hasta llegar a la demencia y el olvido total en donde se es completamente dependiente de los seres queridos. Dando puntadas osadas e hilando lo anterior, se puede aseverar, así sea un pensamiento descabellado, que hemos olvidado nuestra dependencia de la naturaleza y por ello somos los dementes más despreciables en la historia del mundo al pretender dominarla sin conocerla, destruirla sin gozarla y ser libertinos sin vivir nuestra esencia humana.

La segunda conclusión, un poco más positiva alude al amor. Si al amar y hacer lo que se quiere, se anuncia y vive la libertad, se es en sí mismo haciendo lo más auténticamente humano es el amor en libertad; por el contrario, al descuidar nuestra casa común

podremos amar pero no seremos libres, pues el mero amor lo es por egoísmo pero no por generosidad, el simple amor a sí mismo no basta porque como ya se ha escrito antes al dañar la relación conmigo mismo se dañan las restantes (con Dios y con la naturaleza, el creador y la creación). Pues el amor que procede de Dios al Hijo y entre los dos al Espíritu es el amor como relación de perfección comunitaria trinitaria. Por ello al pretender hablar o justificarnos desde nuestros falsos amores, lo que estamos haciendo es negarnos la posibilidad de relacionarnos con la creación haciendo de nosotros seres incompletos, innaturales, por qué no, desnaturalizados hasta el punto de no sabernos agricultores de nuestro futuro, generando un completo desasosiego.

Referencias

- Australian Catholic Social Justice Council. (2002). *A New Earth: The Environmental Challenge*. Jesuit Publications. Melbourne.
- De Brouwer, D. (1998). *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer
- Dufour, X. (1967). *Vocabulario de teología bíblica*. Barcelona, España. Ed. Herder.
- Eguiarte, Enrique oar (2012). *El clamor del corazón*. Madrid, España. Ed. Agustiniiana.
- Eguiarte, E. (2012). *San Agustín: pastor y santo*. Bogotá, Colombia. Ed. Universitaria Uniagustiniana.
- Fernández, A. (1999). *Compendio de teología moral*. Pelicano.
- Francisco (2015). *Laudato SI: Carta encíclica del Sumo Pontífice Francisco : a los obispos, a los presbíteros y a los diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre el cuidado de la casa común / Papa Francisco*. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.pdf
- Fitzgerarld, Allan (1999). *Diccionario de San Agustín*. España. Ed. Monte Carmelo.
- Galindo, José. OSA (2002). *Pedagogía de san Agustín*. Madrid, España. Ed. Agustinus.
- Keller, Miguel. OSA (2005). *En camino hacia Dios, notas para una espiritualidad Agustiniiana*. Publicación Agustiniiana de la curia general. Roma.
- Lasanta, Pedro, Pbro; Del Olmo, Rafael, O.S.A (2003). *Diccionario doctrinal de san Agustín*. Madrid, España. Ed. Edibesa.
- Liotard, J. François. (1987). *La condición posmoderna*. Francia. Cátedra
- Morín, Edgard (1999). *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro*. Francia.
- Moriones, Francisco. OSA (2004). *Teología de san Agustín*. Madrid, España. Biblioteca de autores cristianos (BAC).

Ramiro, F (NA). *Teología moral de la persona*: Foro. Recuperado de http://teologiamoral.com/moralpersonal/pagina_marcos7.htm

Sahelices, Paulino (2000). *Ama y haz lo que quieras*. Madrid, España. Ed. Revista Agustiniana

San Juan Pablo II (1984). *Salvifici doloris*. Recuperado de http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/hlthwork/documents/hf_jp-ii_apl_11021984_salvifici-doloris_sp.html

Tamayo, Juan José (1993). *Para comprender la escatología cristiana*. Navarra, España. Ed. Verbo Divino.